

# HUGO HIRIART

*Diario infinitesimal*

## OBSERVACIONES MÍNIMAS SOBRE ENTREMESES CERVANTINOS

76

LETRAS LIBRES  
ENERO 2012

ENTREMÉS O PASO, género humilde, si los hay, casi vergonzante, fue la breve pieza cómica que se situaba en medio de las comedias. Después de dos jornadas, por ejemplo, se interrumpía la presentación de una tragedia, y para desahogo del público se daban canciones, bailes o algún entremés.

“Porque, como las paga el vulgo [las comedias], es justo / hablarle en necio para darle gusto”, confesó Lope... Sí, pero el gusto del público cambia con las épocas. ¿Podemos imaginar que una representación de *Casa de muñecas*, de Ibsen, se suspenda a la mitad y un grupo de rock entone una canción o baile la inmortal Tongolele, y luego prosiga la pieza como si nada? ¿No es raro? El vulgo ha solicitado, como en la comida china, platillos agrídulces, y esta extraña predilección, tragedia y comedia en el mismo plato, es frecuente no solo en el Barroco, sino en el teatro griego o en la escena ritual japonesa.

El entremés, por regla general, no corre en verso, sino en prosa. Gran cosa es que el teatro se escriba en verso. Pero en este caso celebre que sea en prosa porque creo que sienta mejor al género (imaginemos un *stand up comedian* hablando ante el micrófono en verso) y, además, porque para los dos grandes creadores de entremeses, Lope de Rueda y Cervantes, la peculiaridad fue oportuna y favorable a sus respectivas capacidades.

Hay otras características favorables a los dos maestros. Los entremeses son tan breves que no admiten trama compleja. Para desarrollar tramas están las enredadas comedias. Ésta es, quizá, la principal razón por la que los *entremeses* conservan una frescura y actualidad que no gozan las comedias de Cervantes.

Ningún escritor es omnipotente. La razón de la superioridad de los entremeses yace en que la imaginación de Cervantes no florece en las tramas. No hay más que visitar el *Persiles*, “inexplicable” novela según Borges, con su zigzagante y pesadísima trama bizantina, para corroborar que la eficacia de Cervantes no va por ahí.

El *Quijote*, nuestra novela magistral, tiene trama repetitiva, por no decir que nula. ¿O es en la sucesión de encuentros

azarosos del caballero en su deambular donde reside el mérito de la novela? Creo que no.

El primer entremés, de los ocho publicados por Cervantes, por ejemplo, *El juez de los divorcios*, simplemente no tiene trama, son solo episodios desenlazados de la discordia marital desfilando uno tras otro ante un juez, y eso no quita, sino acentúa, su mérito.

Arte es limitación. “No es artista quien no sabe limitarse”, observó Bernard Shaw. Y estos límites de Cervantes son propicios a la calidad del trabajo porque, en drama, los personajes son más importantes que la trama. Qué importa la trama pobre si los personajes tienen la vitalidad que les prestan la gracia y el salero con que Cervantes desenvuelve la individualidad del mago y —según Unamuno— calvo Quijano, contrastado con el positivista Panza. No se precisa más.

Todos los entremeses del maestro tienen mérito, vitalidad y vigencia teatral, pero *El retablo de las maravillas* se alza sobre los demás. Este entremés halla su trasfondo en esa desdichada política de pureza de sangre, según la cual personas cuyos antepasados fueran judíos o moros no eran cristianos viejos, sino cristianos nuevos, y los cristianos nuevos eran discriminados, hostilizados y ninguneados. Conocido es el argumento de la pieza, es el mismo esquema que el de *El traje nuevo del emperador*, de Andersen, que todos conocemos, ese del niño que vocea que el rey anda desnudo, uno de los cuentos predilectos de George Orwell que halla en él, como halló Cervantes, penetración política. Chanfalla, gran histrión, recuerda al mago mussoliniano del cuento *Mario y el mago*, de Thomas Mann, que persuade al público, compuesto por provincianos de Castilla, gente muy envanecida de su nobleza de sangre. Chanfalla los convence de que, en un escenario improvisado que esta vacío, se va a presentar un gran espectáculo de títeres, pero que solo los que tengan pureza de sangre podrán percibirlo. Da comienzo el espectáculo, Chanfalla lo va narrando con gran eficacia histriónica, allá van “dos docenas de leones rapantes y de osos colmeneros”, narra, por ejemplo, aunque el escenario está vacío. Por supuesto, todos en el público se animan, ríen, aplauden como si estuvieran viendo una función. Y en esta ficción los villanos expresan su oculta duda de ser en efecto cristianos viejos. ¿Quién está seguro de su ascendencia?

Aunque Cervantes fue humilde, simpático, cordial, no hay que olvidar que fue también crítico, crítico muy fino, y rebelde, a su modo, con cierta tendencia a la anarquía. Hay que recordar, por ejemplo, el cariño que don Miguel en *Rinconete y Cortadillo* depara a los dos jóvenes delincuentes, y la simpatía con que en la misma genial novela retrata al poderoso Monipodio.

Nadie menos altanero que Cervantes. Se situaba, como aconsejaba James Joyce, al nivel de todo mundo, y a esa altura situaba a Felipe II, esquilmando a su pueblo para saciar su fundamentalismo. Cervantes no hubiera podido terminar, como Lope, una obra con la llegada del rey que hace justicia y resuelve todo. Cervantes, errando de pueblo en pueblo, requisando aceite y trigo para, nada menos, la Armada Invencible, no podía incurrir en esa clase de abyección. Sabía bien adónde llevaba a España esa clase de política tan obsesiva cuanto irracional. 

EL JUEGO ES UNA DE LAS ACTIVIDADES humanas que más ha sido asociada con la libertad. Cuando los humanos juegan, se ubican en un espacio peculiar donde se practican actividades que no parecen necesarias ni útiles y donde reina el libre albedrío. Los mejores estudios sobre el juego no han dejado de señalar que se trata de un comportamiento libre y aparentemente superfluo. Johan Huizinga, en su *Homo ludens* (1938), un libro extraordinario, afirma que una de las principales características del juego es que es libre. Jean Piaget, el gran psicólogo, dice en *La formation du symbole chez l'enfant* (1945) que el juego "es la actividad libre por excelencia"; piensa que el juego infantil va acompañado de un sentimiento de libertad y que anuncia al arte, que es la expansión y el florecimiento de la actividad lúdica espontánea. Por su parte, Roger Caillois, en su brillante reflexión sobre el juego (*Les jeux et les hommes*, 1958), establece a la libertad como su primera característica.

El juego es una actividad libre y voluntaria que al mismo tiempo implica un orden regulado. Esta combinación coloca al juego en el mismo plano que otras expresiones exocerebrales como la música, la danza y las artes plásticas. Todas las formas de juego transcurren de acuerdo a reglas, y al mismo tiempo son el resultado de decisiones voluntarias libres en las cuales es difícil advertir una función o una utilidad inmediata. Los juegos de competencia establecen reglas para asegurar la igualdad de oportunidades y ordenar el desarrollo de la confrontación, sea de tipo deportivo (fútbol, carreras, atletismo) o de carácter intelectual (ajedrez, go, damas). Incluso los juegos de simulación, donde los participantes actúan como si fueran un personaje, un objeto o un animal, ocurren bajo condiciones y regulaciones más flexibles pero indispensables para el ejercicio lúdico. En los casos de simulacro de lucha encontramos reglas incluso cuando los jugadores no son personas sino animales, por ejemplo cachorros o gatos, que se enfrentan sin hacerse daño, pues controlan la fuerza de los mordiscos y los zarpazos. Los niños que juegan a ser piratas, *cowboys*, indios, policías, ladrones, soldados, astronautas o bomberos siguen ciertas reglas no escritas y ponen límites a la representación. Los juegos de azar se desarrollan de acuerdo a normas y principios previamente acordados. También los juegos meramente motrices como saltar, dar vueltas vertiginosamente, revolcarse o dar volteretas implican el seguimiento de pautas y ritmos que guían la repetición con variaciones de los movimientos.

El espacio del juego es un excelente laboratorio para observar las peculiaridades del exocerebro y mostrar que allí reside el libre albedrío. A mi juicio, el juego es una de las expresiones primordiales y acaso más puras de lo que he llamado la incompletitud del cerebro. El juego es una prótesis inútil en su expresión inmediata, pero contribuye a estimular los procesos simbólicos de sustitución. El hecho de que es una actividad que los humanos comparten con los mamíferos superiores y con algunas aves amplía las posibilidades de análisis del fenómeno lúdico. A nivel biológico, el juego es una actividad que consume gran cantidad de energía y expone a los animales a los peligros de lastimarse o de ser sorprendidos por un predador. Sin

# ROGER BARTRA

*Sinapsis*

## LA LIBERTAD EN JUEGO

embargo, el juego ayuda a construir un conocimiento práctico del entorno, a adquirir y perfeccionar habilidades físicas, a cimentar las relaciones sociales y a afinar tanto la musculatura como el sistema nervioso. El juego carece de funciones inmediatas, pero a largo plazo permite a los animales jóvenes simular, en un contexto relativamente seguro, situaciones potencialmente peligrosas a las que se podrían enfrentar en el futuro.

Se han hecho experimentos para probar la utilidad del juego. Ratas muy jóvenes fueron criadas en completo aislamiento; una parte de ellas tuvo la oportunidad durante una hora diaria de luchar juguetonamente; otro grupo fue privado totalmente de la posibilidad de jugar. Cuando después de un mes estas ratas fueron lanzadas a la jaula de otra rata, esta casi siempre las atacó como intrusas. Las ratas que no habían jugado se comportaron de manera anormal y tendían a mantenerse inmóviles, a diferencia de las ratas que habían tenido oportunidad de jugar. Aparentemente la falta de juego afectó la capacidad de las ratas para enfrentarse a un mundo competitivo.

Se ha dicho que el juego, desde el punto de vista de su función, es un andamio para el desarrollo; una vez realizado el trabajo, desaparece. No obstante, sabemos que el juego, al menos en los humanos, lejos de desaparecer, se mantiene como un elemento importante en la vida adulta. Así que, más que un andamio, el juego sería una prótesis imprescindible y no desechable.

La idea de que la libertad no es una mera ilusión —que ha sido el tema de toda la serie de *Sinapsis* publicadas durante este año— puede desembocar en el juego: allí se puede ver que el libre albedrío no es una quimera. La cultura es juego, como creía Huizinga, y la actividad lúdica es la muestra más clara de que la conciencia humana es capaz de ser libre. El juego se encuentra en la base de la música y la poesía, pero también en los cimientos de la vida política. El juego político puede ser fuente de muchos males pero también es un posible espacio de libertad. ☞

77

LETRAS LIBRES  
ENERO 2012

# ENRIQUE SERÑA

*Aerolitos*

## ESTRAGOS DE LA ERUDICIÓN

78

LETRAS LIBRES  
ENERO 2012

EN ÉPOCAS ANTERIORES AL INTERNET, cuando la información era más difícil de obtener, el almacenaje y la clasificación de datos era una labor de titanes que daba prestigio y autoridad a los encargados de atesorar el conocimiento. Pero en vez de brindar el dato buscado a quien apretara unas teclas, las antiguas bibliotecas humanas martirizaban a quien no tuviera su prodigiosa memoria, o a quien, por tener una mente despierta, rehusara atiborrarla de noticias indigestas. La erudición está en crisis porque, gracias a la informática, las grandes compilaciones de conocimientos que antes deslumbraban al público ingenuo ya no acreditan como antes la superioridad intelectual de sus autores. Pero si tomamos en cuenta que el aprendizaje de memoria tuvo un largo reinado de mil quinientos años, desde la caída del imperio romano hasta la segunda mitad del siglo xx, y su nefasta huella todavía no desaparece del todo, comprenderemos mejor el carácter iconoclasta y parricida de los movimientos contraculturales que deseaban hacer tabla rasa con toda la tradición sustentada en el saber libresco.

La memoria es una herramienta del entendimiento y por lo tanto no debe supeditarse demasiado a ella, pero las viejas técnicas de enseñanza invertían el orden natural de los procesos mentales, malogrando la inteligencia en ciernes. El método científico se abrió camino remando contra esa corriente, pero en las humanidades la ortodoxia religiosa frenó durante siglos cualquier posibilidad de cambio. Montaigne fue uno de los enemigos más lúcidos de la memorización mecánica:

Si soy un hombre con algún discernimiento —confesó—, en cambio soy un hombre con nula retención. Hojeo los libros, no los estudio. Lo que me queda de ellos es algo que ya no me parece ajeno, porque mi entendimiento ya lo asimiló.

Olvidar un texto después de asimilar su esencia significa haberle sacado el máximo jugo, sin recargar la memoria con cascajo, pero ese tipo de lectura, la mejor para desarrollar

el intelecto, se castigaba con una nota reprobatoria en los colegios de la época (y en muchos de la actualidad). Como los alumnos copiaban dictados desde el parvulario, su capacidad de desempeñar un papel activo en el proceso de aprendizaje se anquilosaba antes de nacer.

Durante varias décadas, el filólogo Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) fue un dictador supremo del mundo literario hispanoamericano y hoy se le recuerda, sobre todo, por su tozudo empeño en excluir de nuestro canon los grandes poemas de Góngora y el *Primer sueño* de Sor Juana. ¿Cuál era el mérito de don Marcelino que más admiraban sus contemporáneos? Una asombrosa capacidad de almacenar y clasificar datos, digna de figurar en los almanaques de Ripley. Según su biógrafo Miguel Artigas Ferrando, Menéndez y Pelayo

recordaba todo lo que había leído, sabía dónde estaba cada uno de los libros de la Biblioteca Nacional de Madrid, leía simultáneamente una página con el ojo derecho y otra con el izquierdo, conservando, además, memoria fiel de los planos y la línea en que se hallaba tal o cual sentencia.

Borges y Bioy Casares se mofaron malévolamente de este panegírico, pero aunque en Argentina haya sido objeto de escarnio, el liderazgo intelectual de don Marcelino dejó una huella muy honda en las universidades españolas de mayor abolengo. Un joven egresado de la Universidad de Salamanca me cuenta que, hasta hace poco, los catedráticos dictaban sus clases a los dóciles alumnos de posgrado, y en los exámenes calificaban su capacidad para memorizar y transcribir apuntes. No debe extrañarnos que en otros ámbitos académicos, los jóvenes sometidos al mismo régimen de tortura desarrollen un odio a la autoridad erudita que muchas veces los lleva a simpatizar con la barbarie más primitiva. El historiador de la bibliofobia Fernando Báez cuenta que en junio de 2001

hubo un caso escandaloso en las arenas de la playa de la Victoria, en Cádiz, donde cientos de estudiantes se reunieron para hacer una gran hoguera. Entre risas y gritos, arrojaron a las llamas todos sus textos, incluyendo algunos clásicos de literatura obligatoria. Ni los grandes maestros de las letras españolas se salvaron del fuego (*Historia universal de la destrucción de los libros*, Destino, 2004).

Los protagonistas de este aquelarre tenían capacidad intelectual para aficionarse a la lectura, puesto que habían aprobado el curso. Sin embargo, su adiós a los libros tal vez haya sido definitivo, porque los clásicos que les metieron con embudo les dejaron en la boca un sabor a aceite de ricino. Detestar lo aprendido es peor que no haberlo aprendido nunca, pues impide cualquier posibilidad de rectificación futura. La hoguera gaditana presagia lo que puede llegar a ocurrir si nos empeñamos en un magisterio incapaz de abrir canales de comunicación con la masa, que en el mejor de los casos inculca un respeto reverencial por los grandes autores, como el que la gente profesa a los santos de los altares, pero pone tanto énfasis en el reconocimiento de la superioridad, que inhibe la admiración nacida de la simpatía. ☞

Vengo al aire, del agua, más ligera,  
a reanudar lo que se rememora...  
Gabriel Zaid, "Piscina"

ALBERCA, POR SI HAY QUIEN LO HA OLVIDADO, viene de *al-bérquale*, la pileta de la España arábigo-andaluza, que antes, cuando era romana, se llamaba piscina, pues era para nadar pero también para criar *piscis*.

Piscina no es bonita palabra en el español de América, y en el de España es como una calistenia linguodental. Alberca es más húmeda, menos puzante y más cachonda. Antes, en México, las albercas llevaban un nombre más agrícola, *tanques*, como en Villaurrutia cuando dice que la poesía la forman

las palabras que salen del silencio  
y del tanque de sueño en que me ahogo  
libre hasta despertar...

Me pasé la infancia nadando de una alberca a otra, oasis salvadores en una niñez algo desértica. Guardo veinte en la memoria. Albercas llenas de ciudades, olores y visiones empapadas; albercas vacías y llenas, pequeños mares ovalados (dice Nervo), diminutos océanos domésticos. "Te van a salir escamas", decía mi madre...

En la que más recuerdo viví una situación particular. Había usado mis ahorros en la compra de un visor y unas aletas formidables de hule negro que eran el asombro de todos. Fue en Guadalajara, en la Casa Loyola, una especie de club para familias, tan católico que sus albercas estaban divididas por una barda inexpugnable que celaba el pudor de las hembras y disuadía el deseo de los varones, o viceversa.

El jardín de las mujeres era así un misterio, un *hortus conclusus* con su *fons signata*, el edénico jardín secreto en cuyo centro, cáliz rebosante de agua-madre, cantaba la fuente sellada y fértil. (Calculo que el jesuita que lo diseñó amaba el Cantar de los Cantares, o por lo menos leía a Jung.)

La barda imponía una castidad óptica obligatoria y, por ende, disparadora de ricas fantasías. Yo ya tenía un pie en la pubertad turbulenta. Y como leía febrilmente las *Leyendas de la antigüedad clásica* de Gustav Schwab, mi biblia, me daba por imaginar esa alberca femenina al otro lado, en cuyas linfas azules retozaban solo náyades, ninfas, nereidas y Tetis de divinas tetas.

Un día, una mujer perdió su anillo en esas aguas. Lloró tanto y tan fuerte que la monja supervisora abrió una pequeña puerta que había en la barda y llamó al prefecto del lado masculino. El prefecto me convocó de inmediato, por mi fama de buzo y mis aletas inverosímiles pero también, supongo, por mi casta calidad de "niño", y me preguntó si me creía capaz de encontrar el anillo. Cuando dije que sí, ya lo había transformado en el antipático rey Minos, la alberca de mujeres en el mar ilimitado y a mí mismo, claro, en el impetuoso Teseo.

Del otro lado de la barda, la monja sacó del agua a las mujeres, les mandó cubrir sus vergüenzas con sus toallas y las pastoreó hacia unos púdicos tabachines. Del nuestro, los muchachos se agolpaban en la puerta por ver si atisbaban "algo", manifestándose su envidia y su apoyo. Crucé

# GUILLERMO SHERIDAN

*Saltapatrás*

## MEMORIA NATATORIA

el umbral sagrado disimulando mi turbación con aplomo profesional. Las mujeres me recibieron con un aplauso solidario, divertidas también, me imagino, de que su alberca fuese maculada por un tritón apenas púber.

Ahí, en el centro del jardín, miré por fin la alberca, redonda y luminosa, una pupila llena de jugo de alma, de fosforescente agua femenina. Sentí de golpe el asedio de la excitación, agradecí al visor que cubriera mi sonrojo, avancé con torpeza de pato hacia el agua prohibida y me tiré un clavado en su fulgor inquieto.

Era un agua distinta, el *aquaster*, jamás tocada por varón, bullente de feromonas, quintaesenciada de cloro y sirena, cada onda esculpida por pechos, cinturas y caderas sucesivas... Fue demasiado: abrazado por esa ninfas líquidas respondí con una decidida tumescencia. El anillo evadía al pobre Teseo que, un par de veces, salió boqueando a tomar aire, cada vez más angustiado, hasta que ojizorca Anfitrite se apareció en su ayuda y al tercer intento oteó el anillo, dormitando en el fondo.

Salió a la superficie como un delfín con el tesoro en la mano alzada. Las náyades saltaron de contento y entonaron un himno órfico, divinas, a pesar de sus gorras de látex obligatorias para no llenar de pelos la alberca. Salvando la muralla de la monja, la hermosa dueña del anillo corrió a la orilla y se inclinó a tomarlo con dulce mano, mostrándole al hacerlo, a manera de recompensa, sus chichotas níveas. Entonces Teseo, consciente de que salir del piélagos con el anexo Priapo sería causa de escándalo, y aun de *excommunicationem bulla*, diseñó una sagaz artimaña consistente en quitarse las aletas y salir del *pontos* cubriéndose con ellas. Y así lo hizo hasta alcanzar el lado de los estúpidos mirmidones, que me cargaron en hombros y me arrojaron a su alberca, ahora tan anodina.

Fui por unos minutos Polifilo y Fausto, Raymond y Nemoroso, un viejo niño que espío a Susana. Y, ay de mí, presentí que "es fuego nuestra agua"... ❧

79

LETRAS LIBRES  
ENERO 2012